

BRETON Y SU PATRIA CHICA

POR

JUSTINIANO GARCIA PRADO

Nació Bretón en la villa de Quel el 19 de diciembre de 1796. Allí cursó las primeras letras y vivió hasta la edad de diez años. Las riberas del Cidacos, el Castillo, las bodegas y las calles de los barrios de Suso y de Yuso fueron escenario de sus juegos y travesuras. Cielo, campo y río fueron entonces los objetos de su devoción que jamás olvidaría. En sus tiernos años, no habiendo cumplido aún los siete, improvisaba con gran facilidad coplas, y Quel y sus vecinos eran el tema más frecuente de ellas.

No son muy abundantes las alusiones a su villa natal y a la Rioja en la extraordinaria producción de Bretón; pero las composiciones inspiradas en ellas bastan para atestiguar el amor que siempre les tuvo.

La acción de la comedia «A Madrid me vuelvo» se desarrolla en un pueblo de la Sierra de Cameros:

Aquí los aires
son más sanos; las costumbres
más sencillas, aquí a nadie
se guarda contemplaciones
sino al cura y al alcalde;
aquí hay salud y apetito;
allá (1) es un pobre petate
el mismo que aquí es feliz
con cuatro o cinco heredades.

(1) En la Corte.

De las fiestas de estos pequeños lugares serranos dice, por boca del Alcalde:

Hoy es la fiesta
del pueblo, y como yo falte,
nada se hará de concierto.
Hay función de iglesia en grande,
y procesión y novillos,
árbol de pólvora, baile
rifas, gaita zamorana...

Pero donde Bretón recuerda más a su tierra y donde mejor ha testimoniado su cariño a la patria chica ha sido en un artículo que intituló «El matrimonio de piedra», del que, aunque sobradamente conocido, no nos resistimos a entresacar aquí los párrafos más salientes (1).

«Es la Rioja una de las comarcas más bellas, más pobladas y más fértiles de España: así, némine discrepante, lo propalan los de la tierra y lo confiesan los forasteros; y aún sería más celebrada si mejor fuese conocida. Poco dados al comercio sus moradores; no muy floreciente allí la industria limitada a los oficios mecánicos de primera necesidad y a la fabricación de paños ordinarios en Ezcaray y otros puntos; mal dotada de caminos carreteros y en pésimo estado generalmente aún los de herradura; distante de la costa cantábrica veinte leguas por donde menos se aleja de ella, y mediando cincuenta hasta Madrid desde su confín oriental, que es el más cercano a la metrópoli de las Españas, no es de admirar si tíblemente excita la curiosidad de los viajeros. Fuera de los cortos destacamentos de tropa a que ofrece tránsito su escasa importancia militar, aún los pocos viandantes que suelen visitarla lo hacen a despecho suyo, anhelosos de aliviar sus dolencias con las aguas minerales de que, para ser en todo abundante aquel privilegiado suelo, le ha dotado la naturaleza» (2).

«Amén de lo dicho, contentos los riojanos con su modesto bienestar (por no acusarlos de desidiosos en demasía), agricultores los más, pastores otros, o tejedores o molenderos de chocolate, o arrieros cuyas expediciones apenas traspasan los límites de la provincia, son muy apegados a sus costumbres casi primitivas, y como no sea para ir al mercado próximo, a tal cual fiesta de pueblos comarcanos, o a algún partido de pelota, ejercicio en que rivalizan con navarros y vizcaínos, no se apresuran a gastar la poca plata de que disponen en busca de placeres que no envidian y comodidades que no conocen. La propiedad está allí muy dividida: aún entre los jornaleros, menos numerosos en la provincia de Logroño que en otras, hay muchos que cultivan, propio o arrendado, ya un pedazo de huerta, ya un majuelo y en todo el país, principalmente en la Rioja Baja, son muy contados los que pueden llamarse pobres de solemnidad. No tan viciosa y apacible la sierra de Cameros, incorporada en parte a la Rioja desde la última división territorial (3), sus habitantes son algo más aventurados y

(1) *Obras completas* Madrid, 1844, T. V, pág. 529.

(2) Arnedillo, Grávalos, La Pozana, Riva los Baños.

(3) Año 1833.

aventureros, y (cosa que a los ribereños del Ebro, del Alhama o del Iregua parecería empresa de argonautas) se alreven a peregrinar adolescentes hasta la heroica villa del oso y el madroño, donde, por lo avisados y fieles que son a toda prueba, los reciben a dos manos para horteras todo género de mercaderes».

«Nacido yo en aquel paraíso castellano, que así puede calificarse, no llevaré, sin embargo, mi entusiasmo filial hasta el punto de considerarlo superior en fertilidad, riqueza y hermosura a los cármenes de Granada, a los bancales de Murcia ni a los verjeles de Valencia».

Refiriéndose al pretendido origen persa de los riojanos como descendientes de «Oca», hijo de «Dario» escribe con ironía. «No pediré, como lo hizo algún paisano mío, la filiación de mis abuelos a los archivos de Persia, por más que en las huertas de mi pueblo maduren con infinita y gustosa variedad melocotones y albérchigos, que diz vinieron de la patria de Dario». Parecele más natural que la Rioja proceda de «rio Oja» y, que los celtas se unieran y mezclaran con los indígenas

«No es tan obvia» prosigue, «la etimología de mi villa natal, cuya fundación se pierde, como suele decirse, en la noche de los siglos; y quien lo dude que vaya a verla: ella misma está dando fe de su fabulosa antigüedad, y tanto que el Cierzo (1), mucho antes de las guerras púnicas, hubiera hecho con ella lo que Escipión con Cartago, a no haberla amparado tanto por aquel cuadrante la previsora industria de sus pobladores. Verdad es que ni Tito Livio, ni Strabón, ni Silio Itálica, ni Pomponio Mela, ni el Itinerario de Antonino hacen mención de la especie de pronombre que le da nombre. Quel (ya es tiempo de decirlo) Quel se llama el lugar de mi nacimiento, digno en verdad de ser distinguido con menos ruin vocablo, como pronto lo veremos. Es un gusto ser natural de un pueblo polisilabo: se llena uno la boca con su nombre, y todo el mundo queda enterado cuando un quídam dice, por ejemplo, soy de Casarabonela o de Medinastonia. Pero pregunte usted a un 'quelense' de dónde es; responderá de 'Quel', y si de intento no pronuncia con fuerza la ele, creyendo el preguntante que el preguntado es sordo o no le ha comprendido, replicará 'que de qué pueblo es usted'; y para que al fin lo sepa, será preciso deletrearle el nombre o dárselo por escrito».

«Documentos fehacientes del décimo siglo de nuestra era, que ya, dicho sea de paso, confirman de razonablemente antigua a mi parroquia, la intitulan 'Kelle' (2) y en otros se lee 'Kell'. ¿Vendría a morar en ella alguna colonia de hijos del Rin, a cuya orilla hay una aldea llamada Kehl y ha habido hasta hace pocos años una fortaleza del mismo nombre? ¿Se acercarían en la Rioja algunos emigrados de 'Kells', ciudad de Irlanda, o gentes de las playas del Báltico, donde se alza (y el almirante Napier no me dejará mentir) el puerto de Kiel? Averíguelo Vargas, y con él los lin-

(1) «La previsora industria», calificó a la población al abrigo de la peña que la resguarda del Cierzo.

(2) Se nombra a Quel en el voto del Conde Fernán González en la forma siguiente: «Ocón, Kelle»; y en la escritura de asignación de rentas a la Iglesia Catedral de Calahorra, hecha por su Obispo Don Juan de Prájanos en el año 1200, diciendo: «et illas sernas de Quel, et villam que dicitur Rochafuerte et illud monasterium quod dicitur Sanctus Petrus vetus cum omnibus pertinentiis suis».

güistas y los anticuarios; y por si les hace al caso para tan interesantes investigaciones, les aviso que no muy remoto de aquellos andurriales paga líquidos pechos al Ebro caudaloso el sobrio río «Quelles». No es este, sin embargo, el que da fruto a los camuesos de mi lugar, sino el pródigo Cidacos, que de una de las próximas montañas (1) baja por Enciso a Arnedillo y amenizando después los términos de Herce, Arnedo, Quel, Autol y Calahorra, desagua también en el Ebro muy cerca de esta celeberrima ciudad. 'Cidacos' suena como a nombre griego, al paso que el de 'Quel o Kelle' a esclavón o teutónico (2), y Calahorra, o sea Calagurris, que dista de mi campanario tres leguas cortas (3), pertenece a un lenguaje que dió muchos quebraderos de cabeza a los sabios numismáticos Agustín, Flórez y otros, sin que hasta ahora hayamos aprendido siquiera su alfabeto: nuevas dificultades para inquirir los venerandos orígenes de aquel nobilísimo solar».

Pintoresca en grado sumo es la descripción que de su pueblo natal nos hace Bretón:

«La villa... rectifico: las villas de Quel, que hasta poco ha fueron dos en una (la de Suso y la de Yuso, cada cual con su jurisdicción correspondiente) constituyen una población de unas dos mil almas (4), tendida, no muy cómodamente que digamos, a la falda de una robusta peña de duro granito, que situada al Norte (5), se eleva perpendicular hasta ciento veinte varas y en cuya cima, caprichosamente festoneada, señoreaba la llanura un castillo, o más bien atalaya de romanos (6), de la cual sólo quedan ya destartaladas y pobres ruinas, por haberse empleado sus materiales con la evidente utilidad de que en breve haremos mención. Esta peña, o porque así la crió Dios, o por la acción del tiempo y los elementos, o por las manos del hombre, pierde, no se sabe desde cuando, la mayor parte de su

(1) Tiene sus fuentes en la provincia de Soria más allá de las Ruedas de Enciso, primer lugar riojano que baña.

(2) Más parece árabe derivado de Kalat = castillo, por su posición estratégica y por el castillo que domina la población

(3) 12 Kms. de la estación de Calahorra y 4 de Arnedo.

(4) Figura en el Censo de población de la Corona de Castilla del siglo XVI. en la provincia de Soria, como perteneciente a la tierra de Calahorra. Escríbese allí «Cuel» y «Ordoño», nombres que corresponden a Quel y a la villa de Ordoño, situada dos leguas al S. de la primera, ambas con 177 vecinos, unas 800 almas.

Quel de Yuso y Quel de Suso, su barrio, se mencionan como pertenecientes al señorío de D.^o María Enciso y Mota y de D. Francisco Gante y Olando en el Diccionario «España dividida en provincias», publicado en Barcelona en 1789. Entonces villas eximidas de la provincia de Soria.

En 1830 se le asignaban 264 vecinos; en el censo de la nueva provincia de Logroño de algunos años después 365 vecinos y 1.530 almas, y en el censo de 1846, publicado en el Boletín de la Provincia de Logroño el 3 de mayo, 409 vecinos o sean unas 2.000 almas.

(5) Esta especie de muralla principia unos 1.500 pies al W de Quel; sobre el centro de la población en lo alto de la peña se halla el Castillo, y corre hacia el E. hasta las casas de Autol.

(6) Más propiamente árabe.

altura a Levante y a Poniente donde concluyen las casas, sirviendo a varias de pared posterior, y aún de cocina y dormitorios a algunas, y continuando luego de derecha a izquierda, va decreciendo hasta igualarse con el llano en Arnedo y en Autol, como por el Norte con el que conduce a Calahorra. Delante, esto es, al Mediodía, y a unos cuatrocientos pasos del caserío (no de los peores de Castilla), corre por entre huertas exuberantes de sabrosas hortalizas, ricas legumbres y regaladas frutas el Cidacos, cuyo álveo sin defensa alguna natural y artificial se ensancha más de lo que convendría a aquellos honrados labriegos, castigados por frecuentes avenidas. Al margen opuesto hay otra peña paralela a la ya citada; no tan alta, pero más tratable, y tanto, que fácilmente y a poca costa han podido labrarse en ella sobre trescientas bodegas, número casi igual al de los vecinos, y algunas muy espaciosas. Tal es la cosecha de vino recogida en una vasta llanura a espaldas de las bodegas, que para ella ha sido necesario fundar una nueva población; y es de notar que bastando al culto del Salvador una mediana iglesia con el apéndice de una triste ermita en el campo (1). Baco tiene allí más templos que tuvo en Grecia. Para visitar estos dionisiacos adoratorios, cosa que a muchos y muy a menudo acontece, se trepa por una cuesta (2), no de largo camino, pero digna rival en lo ardua y pedregosa y resbaladiza de las que escalan el Pirineo o las Alpujarras; y si es de admirar que ni hombres ni animales despeñen a la subida, el no precipitarse a la bajada (por razones que no se ocultarán al discreto lector) téngolo por maravillosa maravilla. Para el paso del río, que de ordinario lleva poco caudal y éste mermado por los molinos y por el riego (3), sobran en las tres cuartas partes del año cuatro maderos sobre otras tantas estacas y encima algunas espuestas de tierra (4), pero a lo mejor se le hinchan las narices al buen Cidacos, como a otros más humildes y entonces hay que atravesarle a nado, o andar media legua larga para salvarle por el puente de Arnedo o el de Autol; y aun sin que aluviones o temporales le desborden, como el cauce es tan ancho, o por mejor decir, no tiene ninguno, varía de curso a su antojo dejando en seco el puente añosamente construido, o se divide en tres o cuatro ramales, y no hay medio de sujetar a niño tan travieso e indisciplinado».

Bretón dedicó a Quel un delicado romance, muy conocido y celebrado, «*Mi lugar*»:

Cerca del Ebro caudal,
Linde del suelo navarro,
Y no lejos de tu falda,
Frío y estéril Moncayo;

(1) La de la Transfiguración del Señor en la zona de las bodegas. La Iglesia parroquial se halla dedicada a la advocación de El Salvador.

(2) Hoy fragmento de la proyectada carretera de Quel a Grávalos.

(3) El regadío o acequia toma el caudal del Cidacos en jurisdicción de Arnedo y llega hasta Quel, entrando por una abertura que hay en las rocas, es utilizado para los molinos y fábricas y beneficia las tierras de Quel y buena parte de las de Autol.

(4) En la actualidad existe un seguro puente de obra capaz para aguantar las embestidas del Cidacos.

Junto a la vega fecunda
Donde los muros se alzaron
De la inmortal Calahorra,
Patria del gran Quintiliano.

A la sombra de una peña,
Que desafía a los austros,
Se asienta la humilde villa
Do vi mis primeros años.

Quel es su nombre, harto pobre;
Bien que de dones colmado
A alguna ciudad soberbia
Honrar pudiera su campo.

Las claras ondas le bañan
Del fructífero Cidacos,
Cuyas plácidas riberas
Son de Castilla regalo.

Allí viciosa la grama,
De la oveja dulce pasto,
Crece en el valle frondoso
Y en el ameno collado.

Allí entre la mies dorada
Que agita Céfito blando
La tímida codorniz
Repite su alegre canto.

Allí doquiera que vuela
La parda abeja zumbando
Mil flores le abren su cáliz
En el monte y en el prado.

Minerva allí sus tesoros,
Allí sus delicias Baco,
Allí su copia Amaltea
Vierte con pródiga mano...

Poco ha variado Quel en un siglo, su mayor novedad sería para Bretón el ferrocarril de Calahorra a Arnedillo, que sigue la línea del Cidacos. Acaso serviría para inspirar su musa el «aguardiente» que ha dado a la localidad renombre y fama y le dedicaría, como hiciera con el vino, alguna anacreónica; pero la villa, remozada por el tiempo, sigue en rasgos generales como Bretón la conociera y describiera: su matrimonio pétreo «El Picuezo y la Picueza» continúan imperterritos, con algunos achaques más (que el tiempo no pasa en vano), y «El fraile encapuchado» allí está, tal vez desgranando las cuentas de su rosario para redimir el castigo del condenado matrimonio.